

—Cuarenta sueldos.

—A la vuelta pagaré.

El cochero por toda contestación silbó algunas notas de la canción de la Palisse y aplicó un latigazo al caballo.

Mario vió alejarse al cabriolé, con aire consternado. Por veinte y cuatro sueldos que le faltaban, perdía su alegría, su felicidad, su amor, y ¡volvía á caer en las tinieblas! Había visto y quedaba nuevamente ciego. Pensó amargamente, y preciso es decirlo, con profundo pesar, en los cinco francos que aquella misma mañana había dado á aquella miserable muchacha.

Si hubiera tenido sus cinco francos, estaba salvado; renacía, salía del limbo y de las sombras; salía del aislamiento, del esplin, de la viudez; reanudaba el negro hilo de su destino á aquel hermoso hilo de oro que ante sus ojos acababa de flotar y romperse otra vez. Entró de nuevo desesperado en la casucha.

Habría podido pensar que el señor Leblanc había prometido volver por la noche; y que sólo de él dependía arreglárselas mejor entonces para seguirle; pero en su contemplación apenas se había enterado de nada.

En el momento de subir la escalera, divisó al otro lado del boulevard junto á la desierta pared de la calle de la Barrera de los Gobelinos, á Jondrette envuelto en el sobretodo del "filántropo", el cual estaba hablando con uno de esos hombres de figura poco tranquilizadora, á quienes se ha convenido en llamar "vagos de las afueras"; gentes de aspecto dudoso, de monólogos sospechosos, que tienen aire de malos pensamientos, y que duermen comunmente, de día, lo que hace suponer que trabajan de noche.

Aquellos dos hombres, hablando inmóviles bajo la nieve que caía á grandes copos, formaban un grupo, que á un agente de policía le habría de seguro llamado la atención, pero que Mario apenas lo notó.

Sin embargo, por dolorosa que fuese su preocupación, no pudo menos de decirse que aquel vago de las afueras con quien hablaba Jondrette se parecía á un tal Panchaud, alias Primavera, alias Colmenero, que Courfeyrac le había enseñado una vez, y que pasaba en el barrio por un paseante nocturno asaz peligroso. Ya hemos visto en el libro precedente el nombre de este hombre. El tal Panchaud, alias Primavera, alias Colmenero, figuró posteriormente en muchas causas criminales, y llegó á ser un célebre bribón. Entonces no era todavía más que un bribón famoso; y hoy día existe en estado de tradición entre los bandidos y ladrones. A fines del último reinado formaba escuela. Y por la tarde, al anochecer, á la hora en que se forman grupos y se habla en voz baja, se hacía mención de él en la Fuerza, en el Foso de los leones. En dicha cárcel, precisamente en el sitio por donde pasaba bajo el camino de ronda la alcantarilla, que sirvió para la inaudita fuga á mitad del día de treinta presos en 1843, se podía leer, encima de los ladrillos de la atarjea, su nombre, "Panchaud", audazmente grabado por él en la pared en una de sus tentativas de evasión.

En 1832 la policía le vigilaba; pero aún no había debutado seriamente.

XI

Ofertas de servicio de la miseria al dolor.

Mario subió la escalera de la buhardilla á paso lento; cuando iba á entrar en su celda, vió detrás de él á la hija mayor de Jondrette, que le seguía. Aquella muchacha resultaba odiosa á sus ojos; ella era quien tenía sus cinco francos, y era ya demasiado tarde para reclamárselos; el cabriolé no estaba ya allí, y el coche del



señor Leblanc pasaba ya muy lejos. Además, no se los iba á devolver. En cuanto á preguntarle por la casa de los que hacía poco habían estado allí, era inútil, pues evidentemente no lo sabía, toda vez que la carta firmada Fabantou iba dirigida "al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas".

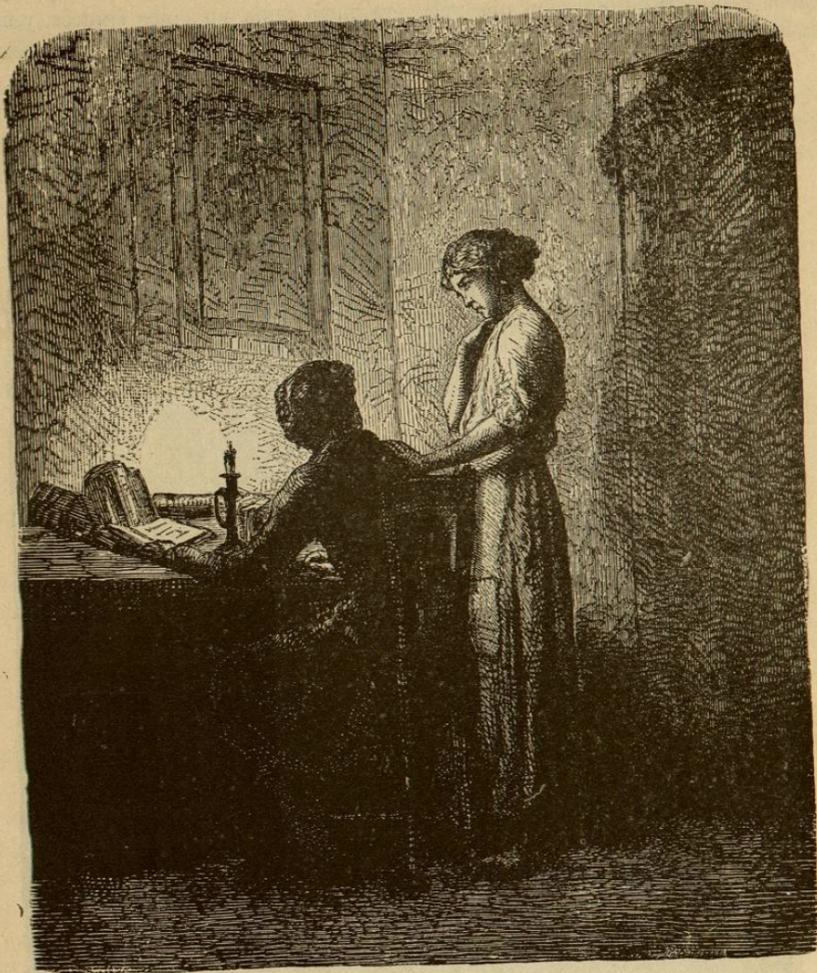
Mario entró en su cuarto, y empujó la puerta tras de sí.

No acababa de cerrarse, y volviéndose vió una mano que mantenía la puerta entreabierta.

—¿Qué hay?—preguntó.—¿Quién está ahí?

Era la hija de Jondrette.

—¿Sois vos?—repuso Mario con dureza.—¡Otra vez!—¿Qué me queréis?



Ella parecía pensativa y no le miraba. No tenía la misma seguridad de aquella mañana. No había entrado, y se mantenía en la sombra del corredor, donde Mario la veía por entre la puerta entreabierta.

—¿Contestáis, ó no?—prorrumpió Mario.—¿Qué es lo que me queréis?

Levantó ella su vista apagada, en la que parecía encenderse vagamente cierta claridad, y le dijo:

—Señor Mario, parece que estáis triste. ¿Qué es lo que os pasa?

—¡A mí!—dijo Mario.

—Sí, á vos.

—Nada.

—¡Sí!

—No.

—Yo os digo que sí.

—¡Dejadme en paz!

Mario empujó nuevamente la puerta, pero ella continuó reteniéndola.

—Mirad,—dijo ella,—eso no está bien. Aún cuando no seáis rico, habéis sido bueno para conmigo esta mañana; sedlo ahora también. Ya que me habeis dado para comer, decidme lo que os pasa. Que tenéis alguna pena, eso es bien claro. Yo no quisiera veros apesadumbrado. ¿Qué hay que hacer para aliviáosla? ¿Puedo yo servir de algo? Disponed de mí. No os pregunto vuestros secretos; no necesito que me los digáis; pero, en fin, puedo seros útil. Bien puedo ayudaros, pues ayudo á mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir á las casas, preguntar de puerta en puerta, encontrar una dirección, seguir á alguno, yo sirvo para eso. Pues bien; confiadme lo que tenéis; yo iré á hablar á las personas; algunas veces con que alguien hable á las personas, basta para que se sepan las cosas y todo se arregla. Servíos de mí.

Una idea cruzó por la imaginación de Mario. ¿Quién desdeña una rama cualquiera cuando se siente caer?

Acercóse á la muchacha.

—Oye... la dijo.

Ella le interrumpió con un transporte de alegría en los ojos.

—¡Sí, sí, tuteadme! Prefiero eso.

—Pues bien,—repuso él;—tú has traído á ese caballero anciano aquí con su hija?

—Sí.

—¿Sabes dónde viven?

—No.

—Averígualo.

La mirada de la niña Jondrette, de triste se había vuelto alegre, y de alegre se tornó sombría.

—¿Es eso lo que queréis?—preguntó ella.

—Sí.

—¿Los conocéis acaso?

—No.

—Es decir,—replicó ella con viveza,—no la conocéis, pero queréis conocerla.

Aquellos "los" convertidos en "la", tenían cierto no sé qué significativo y amargo.

—En fin; ¿puedes averiguarlo?—dijo Mario.

—Tendréis la dirección de la hermosa señorita.

Había en las palabras "hermosa señorita" un tonillo que molestó á Mario, el cual replicó:

—¡En fin, no importa! La dirección del padre y de la hija. La dirección, ¿comprendes?

La muchacha le miró fijamente.

—¿Qué es lo que me váis á dar por ello?

—Todo lo que quieras.

—¿Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—Tendréis la dirección.

Bajó la cabeza; y luego, con un movimiento resuelto, tiró de la puerta, que se cerró.

Mario volvió á quedar solo.

Dejóse caer sobre una silla, la cabeza y los codos apoyados en la cama, abismado en pensamientos que no podía retener, y como poseído de un vértigo. Todo lo que había pasado aquella mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que aquella muchacha acababa de decirle, un rayo de esperanza brillando en su inmensa desesperación, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto le sacaron violentamente de sus meditaciones.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette pronunciando estas palabras, que para él tenían el más extraño interés:

—Te digo que estoy seguro de ello, y que le he conocido.

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién había conocido? ¿Al señor Leblanc, el padre de "su Ursula"? ¿Acaso Jondrette le conocía? ¿Iba Mario á tener de aquel modo brusco é inesperado todas las noticias, sin las cuales su vida era oscura aún para él mismo? ¿Iba á saber, por fin, á quién amaba? ¿Quién era aquella joven, y quién su padre? ¿Estaba á punto de iluminarse la espesa sombra que les cubría? ¿Iba á romperse el velo? ¡Oh cielos!

Saltó, mejor que subió sobre la cómoda, y volvió á su puesto arrimado al agujero del tabique.

Volvió, pues, á observar el interior de la pocilga de Jondrette.

XII

Empleo de la moneda de cinco francos del señor Leblanc.

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, como no fuese la mujer y las hijas, que habían sacado del paquete y se habían puesto medias y camisetitas de lana. Dos mantas nuevas estaban tendidas sobre ambas camas.

Jondrette acababa evidentemente de entrar. Estaba agitado todavía como una especie de sobrealiento producido por el cansancio. Sus hijas estaban sentadas en el suelo cerca de la chimenea, la mayor curándole la mano á la menor. Su mujer estaba como acurrucada en la cama inmediata á la chimenea, como asombrada.

Jondrette paseaba de una á otra parte del desván, á largos pasos, y sus ojos miraban de una manera extraordinaria.

La mujer, que parecía tímida y como herida de estupor ante su marido, se atrevió á preguntarle:

—Pero, ¿de veras? ¿Estás seguro?

—¡Seguro! ¡Hace ya ocho años! ¡Pero le conozco! ¡Oh, sí, le conozco! ¡Le conocí en seguida! ¡Cómo! ¿No te ha saltado á la vista?

—No.

—Y sin embargo, te dije que fijaras la atención. Pero es su estatura, su cara, apenas más viejo; hay gentes que no envejecen nunca; no sé cómo se lo hacen; es su mismo eco de voz. Mejor vestido; es la única diferencia. ¡Ah, viejo misterioso del diablo, ya te tengo!

Se paró, y dijo á sus hijas:

—¡Vosotras, idos de aquí...! Es raro que no te haya saltado á la vista.

Las muchachas se levantaron para obedecer.

La madre balbuceó:

—¿Con su mano mala?

—El aire le será bueno,—dijo Jondrette.—Idos.

Evidentemente aquel hombre era de esos á quien no se replica. Las dos muchachas salieron.

En el momento que iban á atravesar el umbral de la puerta, el padre detuvo á la mayor por el brazo, y dijo con un acento particular:

—Estaréis aquí las dos á las cinco en punto; las dos. Os necesito.

Mario redobló su atención.

Jondrette, solo ya con su mujer, se puso á pasear nuevamente por el cuarto, dando dos ó tres vueltas en silencio. Después ocupó algunos minutos en hacer entrar y salir por la cintura del pantalón el faldón de la camisa de mujer que llevaba puesta.

De pronto volvióse hacia su mujer, se cruzó de brazos, y exclamó:

—¿Quieres que te diga una cosa? La señorita...

—¿Y bien, qué?—repitió la mujer.—¿La señorita...?

Mario no podía dudar; era de ella de quien se hablaba. Escuchaba con ardiente ansiedad. Toda su vida estaba en sus oídos.

Pero Jondrette se había inclinado y hablado por lo bajo á su mujer.

Luego se levantó, y terminó levantando la voz:

—¡Es ella!

—¿Esa?—dijo la mujer.

—Esa,—contestó el marido.

No hay palabra que pueda expresar lo que quería decir aquel "esa" de la madre. Estaban unidos á un tiempo la sorpresa, la rabia, el odio y la cólera, mezclándose y combinándose en monstruosa entonación.

Habían bastado algunas palabras, el nombre sin duda que su marido le había dicho al oído, para que aquella mujer gorda y adormecida despertase de súbito, y de repugnante se volviera espantosa.

—¡Imposible!—exclamó.—Cuando pienso que mis hijas van descalzas, y que no tienen un mal vestido que ponerse. ¡Cómo se entiende! ¡Una manteleta de raso, sombrero de terciopelo, borceguíes y todo! ¡Más de doscientos francos en trapos! ¡Cualquiera creería que es una señora! ¡No, te engañas! En primer lugar, la otra era horrible, y esta no es fea; ¡de veras, no es fea! ¡No puede ser ella!

—Te digo que es ella. Ya verás.

A aquella afirmación tan absoluta, alzó la mujer su ancho, rojo y rubio sem-

blante, y miró al techo con una expresión deforme. En aquel momento le pareció á Mario más terrible aún que su marido. Era una marrana con la mirada de un tigre.

—¡Cómo!—replicó en seguida.—Esa horrible linda señorita que miraba á mis hijas con aire de lástima, ¿sería aquella miserable holgazana? ¡Oh! ¡Quisiera reventarla á zapatazos!

Saltó de la cama, y permaneció un instante en pie, despeinada, con las ventanas de la nariz dilatadas, entreabierto la boca, crispados los puños y echados hacia atrás. Luego se volvió á dejar caer sobre el lecho.

El hombre iba y venía sin fijar la atención en su hembra.

Después de unos instantes de silencio, se aproximó y detuvo delante de ella con los brazos cruzados, como lo había hecho poco antes.

—¿Y quieres que te diga otra cosa?

—¿Qué?—preguntó ella.

Jondrette respondió en voz baja y breve:

—Que tengo hecha mi fortuna.

La mujer le miró con esa mirada que quiere decir: “¡Si estará loco el que habla!”

El continuó:

—¡Truenos y rayos! Hace ya mucho tiempo, me parece, que soy feligrés de la parroquia “muérete de hambre si tienes fuego, muérete de frío si tienes pan”. ¡Ya he sufrido bastante miseria; mi carga y la de los demás! ¡Ya esto no me divierte; ya basta de comedias y de equívocos, vive Dios! ¡No más farsas, Padre Eterno! ¡Quiero que mi hambre coma y que mi sed beba! ¡Tragar, dormir, y no hacer nada! ¡Quiero que llegue mi vez antes de reventar! ¡Vaya! ¡Quiero ser un poco millonario!

Dió la vuelta al cuarto y añadió:

—Como los demás.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la mujer.

Sacudió él la cabeza, guiñó los ojos, y levantó la voz como un charlatán de plazuela que va á hacer una demostración:

—¿Lo que quiero decir? ¡Oye!

—¡Chist!—murmuró la mujer.—¡No tan alto, si son asuntos que no conviene que los oigan!

—¡Bah! ¿Quién nos ha de oír? ¿El vecino? Acabo de verle salir hace poco; y además es un gran simplón, que ni oye ni entiende; y luego, como te digo, le he visto salir.

Sin embargo, por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, pero no lo bastante á evitar que sus palabras llegasen á oídos de Mario. Una circunstancia favorable, y que había permitido á Mario no perder nada de esta conversación, es que la nieve que había caído, amortiguaba el ruido de los carruajes en el boulevard.

Mario oyó lo siguiente:

—Escúchame. El creso está cogido, ó como si lo estuviera; es cosa hecha; todo está arreglado. He visto algunos amigos. El vendrá á las seis. Traerá sesenta francos. ¡Canalla! ¡Has visto cómo le he embaucado con los sesenta francos, con el casero, con el 4 de Febrero, que no hace siquiera un trimestre! ¡Qué torpe! Vendrá, pues, á las seis. A esa hora el vecino se habrá ido á comer; la tía

Bougon estará fregando en la ciudad; no habrá nadie en toda esta casa. El vecino no vuelve nunca hasta las once; las chicas estarán de escucha; tú nos ayudarás. El se ejecutará sin remedio.

—¿Y si no se ejecuta?—preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo:

—Nosotros le ejecutaremos.

Y se echó á reír.

Era la primera vez que Mario le veía reír. Aquella risa era fría y dulce, y hacía estremecer.

Jondrette abrió un armario que estaba cerca de la chimenea, y sacó de él una gorra vieja, que se puso después de haberla limpiado con la manga.

—Entre tanto,—dijo,—voy á salir. Tengo aún que ver á algunos, de los buenos. Ya verás como esto marcha. Estaré fuera el menor tiempo posible. Es un buen golpe el que vamos á dar. Guarda la casa.

Y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, permaneció un momento pensativo; luego exclamó:

—¿Sabes que ha sido una suerte el que no me haya conocido? Si me hubiera reconocido, no velvería. ¡Se nos escapaba! Mi barba es la que nos ha salvado. ¡Mi perilla romántica! ¡Mi linda perilla romántica!

Y se echó á reír otra vez.

Después se acercó á la ventana. Continuaba cayendo nieve, rayando de blanco el plumizo fondo del cielo.

—¿Qué tiempo tan perro!—exclamó.

Y abrochándose luego el gabán:

—Tiene el pelo muy largo, añadió... Es igual; ha hecho endiabladamente bien en dejármelo el tunante del viejo. Sin esto no habría podido salir yo, y todo se lo hubiera llevado la trampa. ¡Qué casualidades tan raras!

Y encasquetándose la gorra hasta los ojos, salió.

Apenas había tenido tiempo de dar algunos pasos fuera, cuando la puerta se volvió á abrir y su perfil fiero é inteligente reapareció por la abertura.

—Se me olvidaba,—dijo.—Ten preparado un brasero encendido.

Y arrojó sobre el delantal de su mujer la moneda de cinco francos que le había dejado el “filántropo”.

—¿Un brasero de carbón?—preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Cuánto carbón?

—Una arroba.

—Costará treinta sueldos. Con el resto traeré que comer.

—¡Diablo! no.

—¿Por qué?

—No vayas á gastar toda la moneda de cien sueldos.

—¿Por qué?

—Porque por mi parte tendré que comprar algo.

—¿Qué?

—Algo.

—¿Cuánto necesitarás?

—¿Dónde hay por aquí un quinquillero?

—En la calle Mouffetard.

—¡Ah! Sí, en la esquina de la calle; recuerdo la tienda.

—Pero dime ¿cuánto te hace falta para lo que has de comprar?

—Cincuenta sueldos; tres francos.

—Quedará bien poco para la comida.

—Hoy no se trata de comer, hay algo más importante que hacer.

—Basta, hijo mío.

Con este cariño de su mujer, Jondrette cerró la puerta, y esta vez Mario oyó alejarse sus pasos por el corredor del casucho y bajar rápidamente la escalera.

La una daba en aquel instante en San Medardo.

XIII

Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare pater noster.

Por soñador que fuese Mario, ya hemos dicho que era una naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasión, habían disminuído tal vez la facultad de irritarse; pero había dejado intacta la facultad de indignarse. Tenía la benevolencia de un bracman y la severidad de un juez; se apiadaba de un sapo, pero aplastaba las víboras. Ahora bien; su mirada había penetrado en un agujero de víboras, era aquel un nido de monstruos que tenía á la vista.

—¡Es preciso aplastar á esos miserables!—dijo.

Ninguno de los enigmas que esperaba ver disiparse se había aclarado: al contrario, casi todos se habían obscurecido aún más tal vez. Nada más sabía sobre la hermosa joven del Luxemburgo, ni sobre el hombre á quien llamaba el señor Leblanc, sino que Jondrette los conocía. Al través de las tenebrosas palabras que había oído, sólo entreveía una cosa clara, y era que se preparaba una emboscada oscura, pero terrible; que los dos corrían un peligro, la joven probablemente, y el padre de seguro; que era menester salvarlos; que era preciso burlar las espantosas combinaciones de los Jondrette y romper la tela de aquellas arañas.

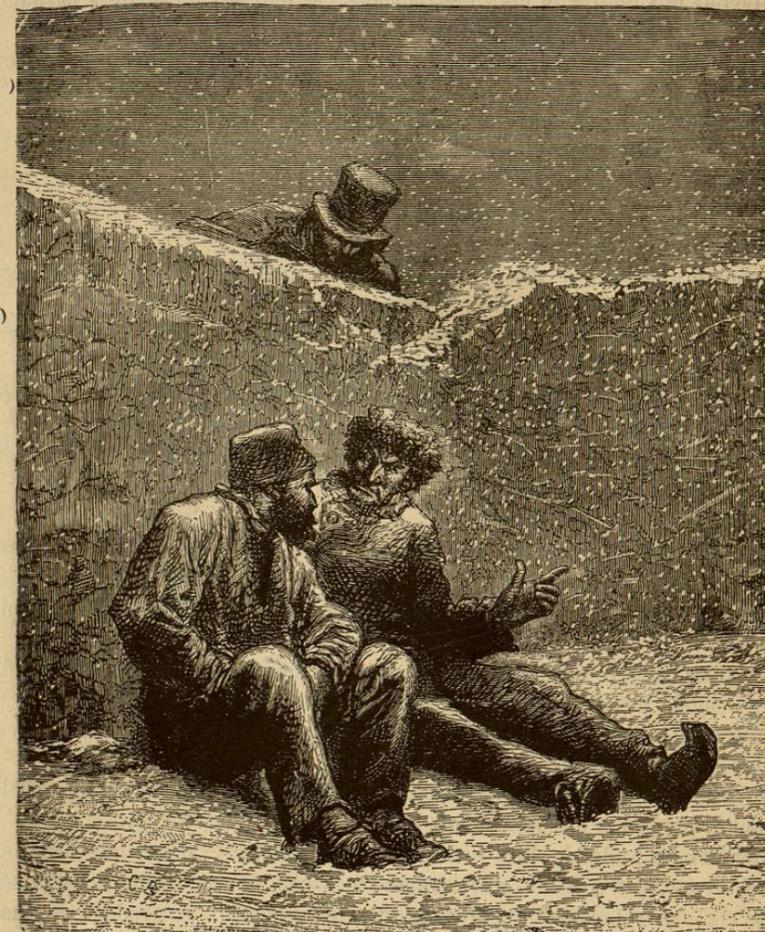
Observó un momento á la mujer de Jondrette. Había sacado de un rincón un hornillo viejo de palastro y andaba revolviendo en una espuerta de hierro viejo.

Bajóse de la cómoda lo más suavemente que pudo, procurando no hacer el menor ruido.

Entre su miedo por lo que se preparaba, y el horror que los Jondrette le habían causado, sentía una especie de alegría con la idea de que le sería dado prestar un gran servicio á la que amaba.

¿Pero qué hacer? ¿Advertir á las personas amenazadas? ¿Dónde encontrarías? No sabía su domicilio. Habían reaparecido un instante á sus ojos, y vuéltose á hundir después en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Leblanc á la puerta por la noche, á las seis, en el momento en que llegase, y prevenirle del lazo?

Pero Jondrette y su gente le verían espiar; el sitio estaba desierto: serían más fuertes que él; no les faltarían medios de cogerle ó de alejarle, y aquel á quien Mario pretendía salvar quedaría perdido. Acababa de dar la una; la emboscada no debía verificarse hasta las seis. Mario tenía cinco horas de que disponer.



No había que hacer más que una cosa.

Púsose su frac presentable, atóse un pañuelo al cuello, cogió el sombrero y salió, sin hacer más ruido que si hubiese caminado sobre musgo con los pies descalzos.

Entre tanto la mujer de Jondrette continuaba revolviendo en su hierro viejo. Ya fuera de la casa, siguió hasta la calle del Petit-Banquier.

Al estar como á la mitad de esta calle, junto á una tapia muy baja, que se podía saltar en ciertos puntos, la cual daba á un terreno erial, caminaba lenta-